

FILMS
DE AMOR
LAS DOS MADRES



Núm.
15

25
CTS.

Mareya Capri - Jean Murat

APARECE TODOS LOS JUEVES



FILMS DE AMOR

Núm. 15

Aparado TDT : BARCELONA : Tel. 958 G

REVISADO POR LA PREVIA CENSURA

Las dos madres

Novela cinematográfica adaptada de
la película del mismo título, por

MARCYA CAPRI

.....
E X C L U S I V A
F I L M S P I Ñ O T

Valencia, 221

Barcelona

REPARTO

Anelia Bernard **Marcya Capri**
Fernando Jessier **Jean Murat**

ARGUMENTO DE BICHA PELICULA

PREFACIO

La novela que vas a leer, querido lector, es el eterno drama de la mujer caída por amor, no por falta de virtud. Su fin es demostrar que, herida en el vuelo, la mujer no debe avanzar ciegamente con las alas a rastra enlodándose en los fangales de la vida, sino, por el contrario, ha de sobreponerse a su propia desgracia y ennoblecer la caída generosa y sin cálculo, con una vida ejemplar y un cariño sin límite, hacia el fruto inocente de sus desventurados amores.

PRIMERA PARTE

En una de esas mañanas luminosas de Montmartre, en las que el sol parece cantar un himno al placer de vivir, Amelia Bernard, una encantadora modistilla, de esas que ponen en los bulevares parisinos la gracia pícaro de sus caras bonitas y la música agradable de sus risas de cristal, caminaba gozosa bajo la caricia del sol matinal, cuando un paso en falso hizo que un apuesto muchacho acudiese en su auxilio.

Gracias, señor—es usted muy amable—, exclamó la muchacha.

El joven en cuestión era Fernando Jessier, un aviador, acostumbrado a jugar cada día con la muerte. Aun en tierra firme sentía la atracción de las alturas, y por eso todas las mañanas subía a Montmartre, para respirar a pleno pulmón el aire puro de las cimas.

El agradable encuentro de aquella mañana satisfizo al piloto, que durante un gran trecho no dejó de contemplar a la encantadora modistilla, que a su vez volvió repetidas veces

la cabeza, para ver una vez más la agradable figura del joven.

Pasaron los días, en su lenta caravana, y uno de ellos, en un modesto restaurant de los bulevares, el destino, que acostumbra a mover a su antojo las pobres marionetas humanas, volvió a poner frente a frente a la modistilla y al aviador.

Ambos sintieron era agradable impresión que se experimenta al encontrarse a una persona, a quien desde hace tiempo se busca, y Fernando exclamó al verla:

—¡Qué casualidad volvernos a encontrar!... ¿Verdad?... ¿Trabaja usted por aquí cerca?

—Trabajo en mi casa—repuso la joven—. Soy modista de sombreros.

—Entonces ya sé dónde ir a comprarme uno que me hace falta—dijo el aviador sonriendo.

—Lo siento—repuso Amelia, siguiendo la broma—. Mi especialidad es en sombreros de señoras.

—¡Qué lástima!... Aunque de todos modos, me dice el corazón que vamos a ser muy buenos amigos... ¿no le parece?

—No veo por qué no; pero tenga en cuenta que a mis amistades las trato muy mal.

Y de esta forma siguieron hablando durante un buen rato, hasta que, por fin, se separaron con la promesa de que se volverían a ver.

No le engañó el corazón a Fernando. Fueron primero buenos amigos; después fervientes enamorados, y todos los campos que rodean París sirvieron de marco a aquel idilio. Vivieron días de intensa felicidad, días inolvidables, en que se sentían embriagados de dicha y de amor...

Una sola nube empañaba de vez en cuando el cielo azul de aquellos amores. Eran los días en que Fernando partía del puerto de Drancy, para ser un ave casi invisible en el espacio.

—No puedo soportar tus ausencias, Fernando—le decía Amelia, cada vez que llegaba el momento triste de la partida—. Siempre que te vas, siento que mi vida entera te sigue.

—Un poco de paciencia, hijita—le respondía él acariciándola.

—¿Por qué no dejas esa profesión tan peligrosa y buscas otra aquí en París? De esa forma no te separarías nunca de mi lado—insistía ella, ante el temor de que un desgraciado accidente le robara, con la vida del ser amado, toda la felicidad que sentía.

—Todavía unos viajes más y podremos entonces edificar nuestro nidito de amor—trataba de convencerla Fernando.

Y con un beso largo, lleno de inmensa pasión, los enamorados se despedían, casi con

lágrimas en los ojos, como si aquella despedida fuera la última.

Se deslizaron las semanas y los meses, rápidos para Fernando, lentos, como siglos, para Amelia, cuyas largas esperas estaban pobladas de tristes inquietudes y de sombríos presentimientos, y un día recibió una carta que inundó de alegría el alma de la gentil modistilla. Decía así:

"Amelia querida: Llegaré mañana a la hora de la comida. Acabo de obtener un mes de permiso para casarnos.

"Fernando."

Y mientras la negrura de la espera se tenía para Amelia de color de rosa, la muerte, que acaba por vengarse de quien la desafía constantemente, exigía una nueva víctima.

Y un mes después, en la Casa de la Maternidad, Amelia no se sentía tan sola ni tan triste, su vida tenía ya una razón de ser, la de aquel ser que había nacido del fruto de sus amores con el infortunado piloto.

¡PRONTO! ¡PRONTO!

La famosa obra que ha dado la
vuelta triunfal al mundo entero

Don Quijote de la Mancha

SEGUNDA PARTE

Transcurrieron cinco años, y en la existencia de Amelia había la sombra protectora de otro hombre.

Cuando se cae por amor y no por cálculo, cuando más que los cuerpos son las almas las que se funden, al cesar el encanto divino de la ilusión, las garras del desengaño se hunden en el corazón del pobre naufrago, y éste deja arrastrarse, como una nave astillada, sin fuerzas ni voluntad para luchar.

Esto le había sucedido a Amelia. Al sentirse madre, antes que sufrir el desprecio de los suyos huyo de su masa, pero la vida siempre cruel con el vencido, hizo presa en la pobre víctima, y para librarse de la miseria y de la muerte, y, sobre todo, por su hija, aceptó los favores y dádivas de aquel hombre a quien en compensación le entregaba su cuerpo, pero no su alma, que permanecía pura como una ofrenda sagrada a la memoria del muerto.

Su protector era Herberto Redlus, un hombre egoísta, uno de esos hombres que marchan por la vida con el paso seguro de los

triunfadores, desoyendo, por creerla una carga innecesaria para la vida de madre.

—El menor gesto de la chiquilla, la ocurrencia más infantil que tuviera era motivo para que exteriorizara su mal humor y hasta incluso para que la maltratase sin piedad. Era preciso que acudiese Amelia y que interviniera medrosamente en su favor diciéndole.

—No comprendo el daño que te cause mi hija, para que la trates de ese modo.

—Demasiado hago con mantenerla, siendo hija de otro hombre —respondía él brutalmente.

Cuando me conociste, bien sabías que tenía una hija —protestaba la madre humildemente.

—Por eso la aguanto. ¿Crees acaso que si no estaría aún en mi casa? A mí me sobran los estorbos, y eso es tu hija, un estorbo para mí.

Y la desgraciada Amelia terminaba siempre llorando la muerte de aquel hombre bueno, que involuntariamente había creado su desgracia.

La vista de Nini, el vivo recuerdo de aquel querido pasado, era lo único que ponía en el alma de Amelia la alegría de un rayo de luz. La chiquilla, por su parte, con ese instinto de los niños, que tantas veces se engañan, comprendía cuánto había de hostilidad



Y la desgraciada Amelia terminaba siempre llorando.

hacia ella en la actitud de aquel hombre, y en su corazoncito infantil empezaba a tener cabida el sufrimiento.

Después de uno de estos altercados, tan frecuentes entre Amelia y Herberto, un día entró a verla Claudina, una amiga de Aurelia, a quien la ligaba la semejanza de su situación, y le dijo:

—Acabo de ver salir a Herberto... Me pareció que iba de pésimo humor.

Amelia, al recuerdo de la escena que acababa de desarrollarse, no pudo contener las

lágrimas, y contestó ahogada por los sollozos:

—¡Hemos regañado nuevamente. No puedo soportar la presencia de Nini.

—No te apenes—le dijo su amiga, para calmarla—. Los hombres son todos iguales... No les gusta que les molesten los hijos de los otros.

—¿Y qué quieres que haga? Es mi hija, y yo no puedo abandonarla. Antes que hacer eso, soy capaz de salir a pedir limosna, para que nada le falte.

—Amelia, es muy duro lo que voy a decirte, pero es necesario que lo sepas. Es inútil que te opongas a tu destino, la corriente te arrastra barranco abajo. Si amas a tu hija, aléjala de tu lado. Evita su contacto con las impurezas de tu vivir. Yo conozco a una buena mujer donde podrías dejarla con igual confianza que si estuviera en tu casa. De ese modo, evitarás los disgustos con Herberto, y, además, que tu hija pueda saber, cuando empiece a comprender las cosas, la vida ilegal que llevas.

El temor a verse despreciada por aquella niña que era su vida entera, y para impedir que continuara sufriendo los malos tratos de un hombre que no tenía ningún derecho sobre ella, Amelia consintió en la proposición de su amiga, y algunos días después la tristeza de su vida tuvo un motivo más, la ausen-



Se entregó Amelia en brazos del placer.

cia de Nini, que había sido llevada a la casa indicada por Claudina.

Y, consumado el enorme sacrificio, se entregó Amelia en brazos del placer, pero era para aturdirse, para olvidar, por ahogar con una vida de vértigo el reproche de su conciencia.

Abandonada por su protector, terminó por poner precio a sus caricias, y únicamente en algunos momentos de calma de su vertiginoso vivir, su alma entera se iba tras el recuerdo de la niña adorada, y, al pensar en Fer-

nando y en Nini, aquellos dos seres cuya memoria llenaba su corazón, Amelia se sentía desfallecer, al verse tan sola, tan desamparada, sin un alma buena amiga de la suya que le tendiese una mano, ni le dijese una palabra de consuelo.

Mientras tanto, en la casa de campo adonde Nini había ido a parar, encontraba la alegría que hasta entonces había faltado a su niñez en la compañía de Felipín y en el cariño bondadoso de Marta Lantay, a quien la guerra había dejado y con dos hijos, Felipín y Martina.

En aquella casa Nini gozaba de plena libertad; además, tenía todo el campo por suyo y con esto y con la compañía de los otros dos chiquillos, la pequeña se creía en una sucursal del paraíso.

En cuanto podía la madrecita acudía amorosa a la irresistible atracción que en ella ejercía el dulce recuerdo de la hijita amada, como si su cuerpo maculado se sumergiera en un baño de inocencia y de pureza.

Pero la despedida era siempre triste. Nini quería retenerla siempre con ella, y entre caricias y besos, le suplicaba:

—¡Mamita, yo quiero que tú no te vayas!... ¡Que te quedes conmigo!

—No puede ser, hijita... pero volverá... yo te prometo volver pronto.

—¿Y me llevarás entonces contigo?—le preguntaba ingenuamente la chiquilla.

—Sí, hija mía—contestaba la madre con el dolor del que sabe que miente por compasión—. Entonces viviremos juntas en una casita muy mona y muy chiquita en la ciudad.

—¿Y vendrá con nosotros la abuela Marta y Felipín y Martina?—continuaba preguntando Nini.

—También se vendrá con nosotros, cuando ya tengamos la casa arreglada.

—Es que yo te quiero mucho, pero no quiero tampoco separarme de la abuela Marta—exclamaba la niña, como para justificar su deseo.

Pero las ausencias de Amelia se hacían cada día más grandes, a medida que pasaban los días. Absorbida por la vida de la gran ciudad, entregada por completo al placer, apenas si le quedaba tiempo para pensar en el ser querido, que en su ansiosa espera, creía que todos los autos que asomaban por la carretera tenían que traerle a su mamita.

—¿Por qué no viene mamá?—le preguntaba algunas veces a Marta.

—Pronto vendrá. Ten calma, que verás que pronto viene—le contestaba cariñosamente la anciana.

Pero la chiquilla no se contentaba con este razonamiento, y cada vez que veía pasar un coche y que no se detenía en la puerta de la casa, lloraba amargamente. Marta, comprendía el dolor de aquel tierno corazón, y procuraba consolarla, diciéndole:

—Ya volverás a ver a tu mamá. Cuando seas mayor, te llevaré a París, y entonces estarás con ella todo el tiempo que quieras.

Era la morada más respetable del pueblo el castillo de los Condes de Martigny, en cuyas piedras grises los siglos habían dejado su pátina.

Florencia de Martigny, la noble castellana, sería un dechado de perfecciones si no fuese demasiado desarrollado el orgullo de casta, ni estuviese tan engrèida de la importancia de sus pergaminos.

En cambio, el Conde Martigny, para quien la cría de caballos era su única ilusión, hubiera dado de buen grado todos los cuarteles de su escudo heráldico por un buen "pur Sang".

Para la Condesa de Martigny, todos los momentos de la vida doméstica debían aparecer rodeados de la más rígida etiqueta. Cambiaba de traje, a pesar de encontrarse en aquel solitario castillo, cada vez que una nueva función doméstica lo exigía y no permitía que el Conde se sentara a la mesa, si no era

de rigurosa etiqueta, lo mismo que ella hacía.

Pero, no obstante, todos estos defectos, una pena secreta hacía humana y dulce la figura de Florencia de Martigny, la de que en su vida faltaba la sonrisa de un niño que alegrara la monotonía de su existencia.

ACONTECIMIENTO

No deje usted de adquirir hoy mismo el sugestivo, interesante y ameno

Almanaque 1928 de Ricardito

cuyo famoso saltarín alcanzó mayoría de votos en el cometido y gran

Concurso del Almanaque Tom Mix

Historietas : Aletuyas
Chistes : Pasatiempos

Precio

30 cts. Profusión de grabados

TERCERA PARTE

Un día Marta Lamay, agotada por el trabajo y los años, cayó enferma, y Nini fué para ella la enfermera abnegada, que no la abandonaba ni un solo instante.

Parecía mentira que en aquella alma de niña hubiera lugar para un sentimiento tan grande de agradecimiento.

Hubo necesidad de llamar al médico, y éste, después de reconocer a la enferma, aconsejó:

—Es necesario mucho reposo, y, sobre todo, una alimentación selecta y abundante.

—Si al menos tu mamá nos enviase un poco de dinero...—dijo Martina cuando quedó sola con la niña—, podría remediar en algo la desgracia... pero, en fin, Dios misericordioso se compadecerá de nosotros y nos ayudará.

La protección que la anciana había invocado aquella mañana, apareció aquella misma tarde en la figura de la Condesa de Martigny.

—Volvía ésta de dar un paseo en automóvil, cuando, impensadamente, atropelló a un

perrito que acompañaba a Nini, que, al ver herido al animal, exclamó:

—Ha matado usted a mi perrito.

—La Condesa bajó del coche, y acariciando al pobre animal, se lamentó del desgraciado accidente, haciendo replicar a la pequeña:

—¡Sí, ahora muchas lamentaciones y muchos ofrecimientos! ¡Podía usted antes haber tenido cuidado de no estropearle la pata a nuestro pobre "Lord"... ¿No le da a usted vergüenza, con un auto tan grande, atropellar a un perro tan pequeño?

—No te apures, pequeña, yo te prometo que pronto estará tu perrito curado.

—Entonces, cuando lo esté, le comprará usted un collar muy bonito?—le preguntó la pequeña.

Era tanta la ingenuidad de la charla de la chiquilla, tanta simpatía irradiaba en sus gestos, que la Condesa vivamente atraída hacia ella, le preguntó:

—Perfectamente, tendrá "Lord" su collar... ¿Y tú qué es lo que deseas?

Ya se le había pasado a Nini el mal genio y cuando vió lo amable que era aquella señora tan simpática, contestó a su pregunta:

—Yo no quiero más que un beso, para que no esté usted enfadada conmigo.

Y Florencia de Martigny, todo orgullo y

rigidez, sentíase atraída invenciblemente por la inocencia encantadora de la niña.

—¿Dónde está tu madre?—le preguntó.

—¿Mi mamá?... No sé dónde está; se marchó lejos... muy lejos, y todavía no ha vuelto... Yo vivo con Felipín y Martina, en casa de la señora Launay.

Encantada con el donaire de Nini, le faltó tiempo a la Condesa de Martigny para ir a visitar a Marta Launay, y desde aquel día fué su providencia, hasta que un día le preguntó:

—Marta, ¿usted sabe dónde está la madre de Nini?

—Creo que está en París. En su última carta me decía que no podía enviarme más dinero. Desde entonces, hace ya seis meses, no sé absolutamente nada de ella.

—Marta, le voy a hacer una proposición, que creo aceptará sin reparo. Usted es pobre y tiene bastante con sus hijos. Yo, sin embargo, no tengo ninguno, y hay momentos en que mi casa me parece sombría y triste, falta de risas infantiles... ¿Quiere usted permitirme que yo adopte a esa niña?... Sería para mí una verdadera felicidad.

—Conozco su buen corazón, señora Condesa, y creo que la niña, lo mismo que yo, no tendrá ningún inconveniente, puesto que siempre habla de usted con gran cariño.

Llamó Marta a la pequeña, y la Condesa le preguntó:

—¿Quieres ser mi hijita y vivir conmigo en el castillo? Tendrás muchos juguetes y muchos vestidos...

—¿Pero me dejará usted venir a ver a la abuela Marta?—preguntó la chiquilla.

—¡Si vendrás siempre que quieras!—respondió Florencia, emocionada por el rasgo de la pequeña.

—Entonces, acepto—exclamó Nini.

Y fué como si un hada buena hubiese tocado a Nini con la varita mágica de la Fortuna.

Al irse a levantar aquella mañana, la Condesa entró en el cuarto de la pequeña y la besó cariñosamente. Nini respondió con la misma efusión a la caricia y exclamó:

—Mi mamita también venía a besarme todas las mañanas.

—Sí, quíereme, hija mía, que yo te prometo que no echarás de menos a tu mamita—respondió la Condesa.

Y en el curso del día siguió para la niña el encantamiento del cuento de Hada, y cuando se acercó la hora de la comida y vió a su protectora vestida con tanto lujo, exclamó la pequeña:

—¿Por qué te pones ese vestido tan lindo? ¿Vas de paseo?

—No, hijita—repuso la Condesa—, para

comer es preciso ponerse lo mejor que se puede.

—¿Y por qué no hacia eso mi mamá?

Florentia de Martigny no contestó, sino que entró de nuevo a su cuarto y apareció vestida sencillamente, y le dijo a su doncella:

—Avísele al señor, y dígame que le ruego que no se ponga el "smoking" para la comida.

Y desde aquel día, la comida, libre de engorrosas etiquetas, fué más familia, más íntima...

Selección de FILMS DE AMOR

ha editado la producción novelada

La Tragedia del Payaso

genial interpretación de los artistas

Goesta Ekman

Karina Bell

y **Maurice de Feraudy**

Precio de la novela: 50 cts.

CUARTA PARTE

Pero en su dicha presente, no olvidaba Nini el lejano recuerdo del rostro querido de su madre, y todas las noches, al irse a acostar, oraba con fervor, pidiendo:

—Niño Jesús, tú que eres tan bueno, devuélveme a mi mamita, para comérmela a besos. Mientras tanto, a aquella hora, en el torbellino de Pris, Amelia, sin voluntad, sin fuerzas para luchar, arrastraba por las calles la tragedia de su vida rota.

Despedida de la casa que habitaba, por falta de dinero, Amelia seguía apurando el cáliz de su desventura, hasta que una noche, desesperada de su vivir miserable, intentó buscar la paz eterna en las aguas del Sena.

Cerca de allí, un marinero tenía su morada, e impidió que Amelia pudiera realizar su propósito.

Cuando volvió en sí, exclamó dolorosamente:

—¡Cuán mala he sido, Dios mío!

El marino procuró tranquilizarla, diciéndole:

—Vamos, señora, tranquilícese usted. No

dude usted que está usted aquí mucho mejor que en el agua... ¿Y por qué ese acto de desesperación?

—Porque he sido muy mala. Toda mi vida la he pasado, después de mi desgracia, sin ocuparme de mi hija, y ahora me la quitan para entregársela a otra mujer, a una aristócrata, sin que pueda volver a verla.

—Creo que hizo usted mal en abandonar a su hija. Nosotros también pasamos muchas fatigas para sacar adelante a nuestros pequeños... pero por nada del mundo me separaría de ellos.

Y después de haber visto la muerte tan cerca de sí sentía Amelia que todas las fibras maternas se despertaban en ella, y que en su interior no latía más que un solo deseo, volver a ver a su hija, volver a besarla, a dormirla en sus brazos, cantándole una ingenua canción de cuna.

A la mañana siguiente, brillaba el sol, y Amelia, después de los negros pesimismo de la noche anterior, sentía cantar dentro de su ser a alegría sana de su juventud.

El pescador, al verla tan animosa, le dijo:

—Ahora valor... Busque usted cuanto antes a su hija... recuerde que ha sido una niña quien le ha salvado la vida con su recuerdo.

—¿Es imposible!— repuso tristemente Amelia—. Carezco del dinero necesario para ir adonde está ella.



La muchacha había sido un descubrimiento...

—No somos ricos, señora— repuso el marino—. Pero en la vida es menester que los unos ayudemos a los otros. Yo le facilitaré el dinero que precisa para que vaya en su busca.

Y algunas horas después, Amelia se dirigía a la pequeña aldea con el corazón rebosante de alegría, ante la idea de volver a ver a la hija de sus entrañas.

Mientras tanto, Nini, ajena a la proximidad de su madre, vivía la vida regalada de los Condes.

Para el Conde de Martigny la muchacha había sido un descubrimiento de su amor paternal, y se pasaba todo el día jugando con la pequeña.

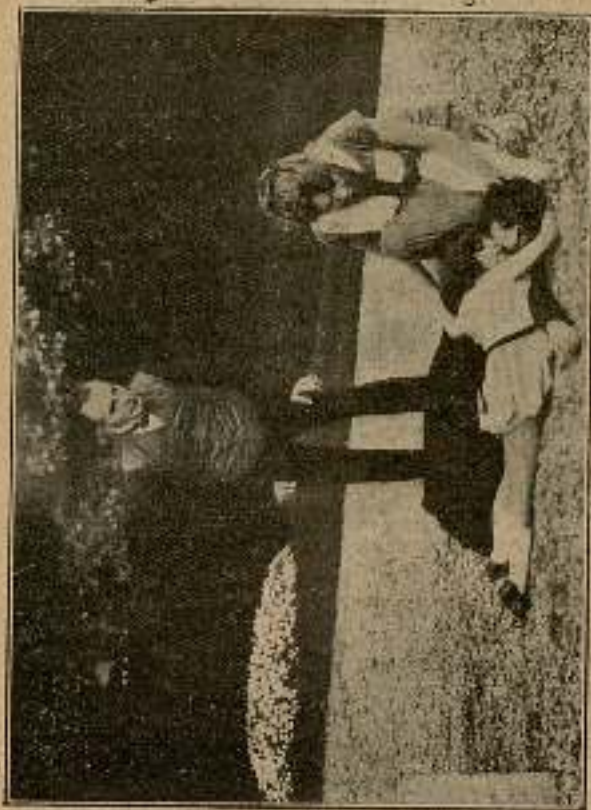
Nini, con sus gracias infantiles, con su carácter cariñoso, había llegado a apoderarse de la voluntad de los Condes, que se hallaban sugestionados por la chiquilla.

Aquella rigidez del hogar, que tanto molestaba al dueño del castillo, había desaparecido por completo, gracias a la intervención de Nini y ahora era una verdadera vida familiar la que se hacía en él, hasta entonces, emudecido palacio.

Florencia había abandonado sus vestidos de sociedad, sus ridículas formalidades de la etiqueta y los días transcurrían para ella alegres y dichosos con la compañía de aquella deliciosa criatura.

Lo mismo que a la Condesa le había sucedido a su esposo: abandonó poco a poco su afición a los caballos y los dos esposos se disputaban a Nini, que sabía corresponder a este trato con sus demostraciones de cariño y agradecimiento.

Parecía como si, apesar de sus pocos años, comprendiese todo el beneficio que recibía, y su alma se sentía atraída hacia aquellos seres, que le ofrecían todo el espléndido bienestar de que gozaba.



— ¡ Mamá ! — ¡ Mami querida !

Nini era ahora rica y dichosa, y cuando su madre se enteró de su nueva situación, un nuevo dolor vino a acrecentar su pena y hacer desaparecer la alegría que experimentaba ante el próximo encuentro con la pequeña.

¿Tenía ella acaso derecho a destruir aquella felicidad reclamando a su hija?

No. Debía huir, desaparecer para proseguir su calvario, para hundirse más y más en la cima de la miseria y del dolor.

Peró su afán de madre pudo más que sus reflexiones y fué en busca de la niña, para despedirse de ella. Estaba segura de no volverla a ver más y, sin embargo, lo decía:

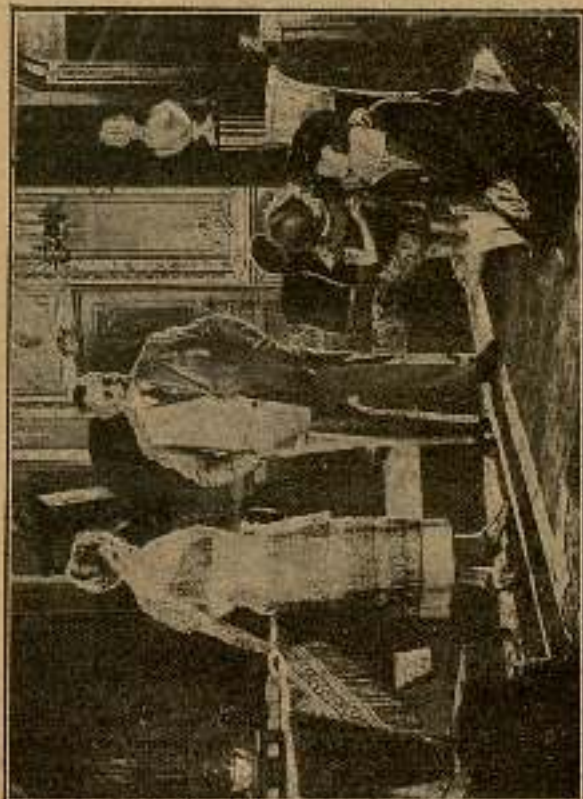
—Es preciso que vaya, hijita... Ya volveré a buscarte... más tarde... otro día.

—¡No te vayas, mamá!—imploraba Nini—. Si te vas, llévame contigo.

Ahora no puede ser, hijita—respondía Amelia con el corazón traspasado de dolor.

Se hallaban en el jardín del castillo y desde el primer momento sentía miedo de que su presencia pudiera enojar a la Condesa. Hacía esfuerzos extraordinarios para separarse de su hija, pero ésta la tenía sujeta con sus bracitos y mientras la besaba con verdadero delirio, no cesaba de suplicarle:

—¡Llévame contigo, mamá!... ¡Yo no quiero estar tanto tiempo sin verte!... ¡Si supieras con cuánto cariño se lo he pedido al Niño Jesús!



Acariciando a rernamente estaba su hija.

Aquellas palabras, dichas con la emoción infantil que expresaban los gestos de la chiquilla, hacían que la madre sintiera su corazón oprimido por una angustia horrorosa.

Quería hablar, convencer a su hija, alejarse de ella, para no ser un obstáculo en su felicidad, pero un ahogo inmenso le oprimía el pecho, y las palabras quedaban sin poder salir.

De pronto, sintió que la vista le faltaba, que una densa nube se interponía ante sus ojos; quiso levantarse, pero le faltaron las fuerzas y cayó al suelo sin sentido.

Nini se arrojó sobre ella llorando amargamente, exclamando:

—¡Mamita!... ¡Mamita, querida!... ¡No te pongas mala!

Y al decir esto la besaba con infinita ternura, mientras que la Condesa procuraba consolarla, a la vez que ordenaba a la servidumbre lo necesario para hacer volver en sí a la desgraciada mujer.

En brazos de los criados fué conducida al interior del castillo, y gracias a los cuidados de los Condes, pronto recobró el conocimiento.

Como si hubiera salido de un sueño profundo, recorrió con la vista toda estancia y quedó asombrada al ver ante sí a los Condes que la miraban compasivamente.

Ante ella, acariciándola tiernamente, estaba su hija, sonriéndole dulcemente, al verla incorporarse.

Florencia de Martigny había sorprendido esta emocionante escena, y se acercó a la madre, diciéndole verdaderamente conmovida:

—Quédese usted con nosotros... ¿Acepta usted?... Yo tampoco sabría separarme de Nini... Así, en adelante, seremos dos madres para quererla y para mimarla.

—¿Verdad que te quedarás, mamá?—preguntó Nini abrazándola.

—Sí, hija mía. Hoy me he dado cuenta de que tengo una misión que cumplir en el mundo... sembrar de flores el camino de tu vida.

Pero Amelia quería, antes que recibir aquella hospitalidad, corresponder a tanta nobleza y bondad con la misma lealtad que aquellas exigían y dirigiéndose a la Condesa, aprovechó el momento de que una criada se llevaba a la niña para decirle.

—Señora, he aceptado su ofrecimiento impulsada por mi amor de madre, pero antes de todo quiero sincerarme con usted, relatarle toda mi vida y tal vez, entonces, se arrepienta de su generosidad.

—Nada me importa su pasado—respondió la aristocrática dama—. Me basta con que sea usted la madre de Nini, para que por ello no me arrepienta nunca de lo que acabo

de hacer. Además, leo en su cara todo lo que ha sufrido y esto la redime de lo malo que haya podido usted hacer.

No obstante, Amelia le refirió toda su vida. Su primer fracaso amoroso del que nació la niña. La inconsciencia de su existencia resbalando por la pendiente del vicio y, por última, su afán por abrazar a la hija de aquel amor tan desgraciado.

—Todo eso ha pasado ya—contestó compasiva Florencia—. Su amor de madre ha triunfado y esto la realza ante mis ojos.

Amelia no pudo dar las gracias siquiera, y se arrojó, llorando de emoción, a sus pies.

Y tiernamente abrazada por la Condesa aquella pobre mujer, que sólo por amor había sufrido tanto, encontró un puerto seguro y tranquilo en el mar proceloso de su existencia.

PROXIMO NUMERO

Las perlas del pecado

Magnífica novela de pasión, por
Shirley Mason

Postal: T O M M I X

¡GRAN ACONTECIMIENTO!

Todos los aficionados al séptimo arte leerán el ya famoso

Almanaque Biblioteca Films

1928

que, en sus páginas a dos colores, contendrá

Artísticas fotografías a todo color.

Biografías de artistas.

Novelas cinematográficas a recientes producciones.

Indiscreciones y secretos de los "estudios".

Foto-retratos a varias líneas sobre rico papel caucho.

Portada a todo color.



Precio popular: 1 pta.

Compre cada semana

la publicación que faltaba

La Chiquilla

(EL PRIMER SEMANARIO ILUSTRADO PARA NIÑAS)

...

Historietas : Aletuyas : Pasatiempos

Novelas cortas : Regalos

Páginas de labores



Profusión de grabados

CUATRO TINTAS

Solamente cuesta

10 céntimos

pero vale muchísimo más

DIRIGIR LOS PEDIDOS Y SUSCRIPCIONES A
BIBLIOTECA FILMS, LA CHIQUILLA
Apartado Correos 707 - Barcelona

OTRO GRANDIOSO EXITO EN
Las Grandes Novelas de la Pantalla
(LA PRIMERA NOVELA CINEMATOGRAFICA)

Jaque a la Reina

Novela de emoción y misterio, cuya
trama de vibrante interés y sugestivo
asunto amoroso llamará la atención



Magna interpretación de los artistas
Mme. Gullin, Charles Gullin y Pierre Blanchet

Precio: 1.50 PESETAS

DIREJA USTED LOS PEDIDOS A:

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Pagamos con recibo unido, certificado para el reembolso